

# Anastasia Candre... *tiinide, fia jagiyina ite*: No muere, perdurará como el viento

Marco Alejandro Tobón

---

## Resumen

Homenaje a Anastasia Candre. El autor recuerda algunas anécdotas de la experiencia de Anastasia en la Universidad Nacional de Colombia y en Leticia.

*Palabras clave:* Anastasia Candre; indígenas urbanos.

*Anastasia Candre... tiinide, fia jagiyina ite: Does not die, will last like the wind*

## Abstract

Tribute to Anastasia Candre. The author recalls some anecdotes about Anastasia's experience in Universidad Nacional de Colombia and in Leticia.

*Keywords:* Anastasia Candre; urban Indians.

**R**ecuerdo cuando Anastasia hablaba del momento en el que se liberó de las garras del hombre que siendo su compañero, un indígena de su misma tierra, la trataba como el más feroz de los capataces. Ella era apenas una niña de dieciséis años y años después, ya entrada en los veinte años, por intermediación de los curas capuchinos que evangelizaron los ríos de su territorio, pudo salir del río Igaraparaná y llegar a Leticia. Allí se encontraría con algunos de sus paisanos y también con quien consideraba su gran hermano, su *iiio*<sup>1</sup>, el profesor Juan Alvaro Echeverri, quien convivió con su familia estudiando con total respeto y admiración las prácticas culturales y la dolorosa historia cauchera a la que fue sometida su gente. Juan Alvaro era el único blanco en la ciudad con quien podía expresar abiertamente en su propia lengua uitoto lo que sentía, lo que estaba aprendiendo y

---

Marco Alejandro Tobón. Antropólogo, magíster en Estudios Amazónicos de la Universidad Nacional de Colombia, sede Amazonia, candidato a doctor en ciencias sociales en la Universidade Estadual de Campinas, Unicamp, becario FAPESP. [mtobon@gmail.com](mailto:mtobon@gmail.com)

las adversidades que afrontaba. Como Anastasia lo recordaría, fue en Leticia donde florecieron las semillas de su espíritu de mujer indígena amazónica: allí le dio rienda suelta a sus capacidades creativas, a sus principios éticos indígenas, a su genialidad como pintora, como poeta, como investigadora, como narradora y médica tradicional. En Leticia, junto a amigos indígenas y blancos, se aferró a las certezas de vivir libremente, de forma sabrosa, picante: “El ají, corazón de la mujer / El ají, la fuerza femenina”, como escribe ella en su poema “Picante como el ají” (Candre 2010).

Recuerdo cuando iba a la Universidad Nacional de Colombia, sede Amazonia, lugar que hizo vibrar muchas veces celebrando memorables bailes maloqueros hasta el amanecer, demostrando que estudiar y pensar este mundo está más allá de las aulas y las bibliotecas. Allí aparecía algunas veces con cahuana, con ambil y *omaiko*, el exquisito ají negro que compartía como si se tratara de un conjuro para curar el estrés. En la “Nacho” (Universidad Nacional) Anastasia estudió lingüística como asistente por recomendación de su *ñio* Juan Alvaro Echeverri, llamado cariñosamente por los uitoto Jofokai, vara larga, por su figura flaca y desgarbada.

Cuando Anastasia hablaba de su formación, pocas veces hablaba de las monjas Lauritas (Hermanas de la Madre Laura) que vestían a las niñas de La Chorrera con impecables e inmaculados uniformes, los mismos que las estudiantes debían remendar y reelaborar conforme iban creciendo. Al referirse al aprendizaje de sus conocimientos, resaltaba siempre su feliz infancia en Adofiki (Cordillera), lugar de su nacimiento sobre el río Igaraparaná y que según sus propios cálculos lunares, sería en el año 1962. En estos recuerdos Nata —como le decían cariñosamente sus amigos— enfatizaba en la importancia de su padre Mogorotoi (Guacamayo azul), del clan *Jikofo Kinéreni* (Tigre de Cananguchal), del pueblo okaina<sup>2</sup>. Todas las noches su padre Mogorotoi hablaba con sus tíos, hijos, sobrinos y amigos en el mambeadero mientras ella escuchaba desde el chinchorro o mientras revolvía el caldo para el ají negro. Aquella niña pudo presenciar inteligentes e iluminadoras conversaciones en lengua okaina y uitoto; cada noche aprendía de una conferencia diferente. También su abuela y su madre, Ofelia Yamacuri, le brindaron enseñanzas fundamentales; de ellas aprendió la lengua uitoto y de todos en su casa aprendería *riño mairiki* (el poder de la mujer), *diona uai* (palabra de tabaco) y *farekatofe uai* (palabra de yuca dulce).

Recuerdo un día que un profesor de la Universidad Nacional,

ofreciendo todo el reconocimiento que Anastasia merece, le propuso que fuera la co-investigadora de un estudio; Anastasia le respondió, “Yo no soy investigadora, yo soy sabedora, el que va investigar es usted”. Recuerdo también una vez que fuimos a un restaurante en Bogotá donde Anastasia pidió pescado, y su desconcierto fue tremendo cuando vio que lo que le servían era una masa acartonada y cuadrada, sin ojos y sin cola. Delante de la camarera me preguntó en voz alta “¿Esto es un pescado?”; en ese momento estallamos en risas junto a otros comensales. Nunca antes echó tanto de menos su querida Leticia.

También recuerdo cuando Anastasia ganó el premio a la dedicación del enriquecimiento de la cultura ancestral de los pueblos indígenas de Colombia, en el 2013, y recibió una suma de dinero con la cual pensaba terminar de construir su rancho, como ella decía. En esta casa, en el barrio Simón Bolívar, Anastasia vivía con Lamparina, una perrita amarilla e hiperactiva que le hacía honor a su nombre. El dinero para Anastasia nunca fue un objeto de deseo, así que prestó el dinero del premio a todos sus paisanos indígenas que aparecían en su casa con una necesidad urgente. Anastasia, que conocía a su gente, estaba segura de que difícilmente podrían devolverle el dinero, así que les propuso, con un gesto de grandeza ética, un trato en los términos del intercambio indígena: cada uno de los deudores aparecería en su casa para pegar ladrillos, mezclar cemento, cargar arena y así en una intermitente y amigable minga terminaría su querido rancho. En el solar de aquella casa Anastasia solía realizar exquisitos banquetes, lo más selecto de la culinaria amazónica se degustaba en aquel solar: pescado asado con casabe, *omaiko* (ají negro) y cahuana de piña. Allí mismo tenía algunos pollos, tenía sembrado yuca, guama, piña, ortiga, albahaca y banano; fiel a su vocación de chagrera sabedora contaba con una floreciente despensa de alimentos y plantas curativas amazónicas.

Allí en el barrio Simón Bolívar y equipada con una cámara de video, Anastasia registró los momentos en los que el camión del aseo, sin cuidado alguno, arrancaba con su altura los cables de energía, dejando sin suministro eléctrico varias cuerdas del barrio. Recuerdo que llamó a la emisora diciendo que tenía pruebas de la irresponsabilidad del conductor, aunque por la radio y sin posibilidad de transmisión audiovisual, sólo pudo ofrecer su testimonio de lo ocurrido. La cámara de video le sirvió igualmente para registrar las perturbaciones de sus vecinos, un grupo de motociclistas, matones y reggaetoneros, que sostenían sin descanso estruendosas riñas de borrachos. Una total pesadilla no sólo para la casa de una artista e investigadora, sino para



Anastasia Candre y Marco A. Tobón, Universidad Nacional de Colombia, Sede Amazonia, Leticia, fotografía de Juana Valentina Nieto 2007.

cualquier criatura viviente. Pero todo ese ruido del mundo Anastasia lo devolvía en poesía, en pinturas, en cantos.

Recuerdo cuando hablaba de su “parcero” de investigación y bailes, el abuelo Alfonso Jimaido (Cheque), a quien le mandó hacer una

reluciente dentadura con la ayuda recibida de la Beca Nacional de Creación en Oralitura del Ministerio de Cultura en 2007. A propósito de este hermoso trabajo sobre los cantos del baile de frutas uitoto, *Yuaki Murui-Muina*, Anastasia tuvo que enfrentar con firmeza e inteligencia el machismo de algunos de sus paisanos, que la criticaban por investigar una cuestión que, al parecer, estaba asignada exclusivamente a los hombres. Anastasia sólo respondía que en lugar de denigrar de los demás, deberían sentarse con los abuelos y abuelas y aprender e investigar su propia historia. Su profundo amor a su cultura nunca la hizo desistir. Al final, muchos de aquellos que la criticaban, viendo sus éxitos y el respeto que inspiraba, se referían a Anastasia, de manera solemne, como *uzuño* (abuela).

De esto tal vez se trate reafirmar la vida y la amistad de los que marchan, volver a un reguero de recuerdos. Anastasia Candre “no muere, perdurará como el viento”, evocando las palabras de su poema “Soy mujer-sueño” (en “¿Quiere saber quién es Anastasia Candre?”, en este volumen):

*Ua ringo, uruki eina mameide*

*ie izoide ringodikue komeki*  
ñuera

*kue buuna fieni fñoñedikue*

*ñue kazidikue*

*ñuera uaido monaitikue*

*ñuera komekido bai jaaidikue*

*ñue meine bitikue*

*ñue rigakue*

*ñue zikodikue*

*ñue zairidikue*

*ñue zafedikue*

*ñue yizidikue*

*ñue ogakue*

*monifuenta fuitikue*

*ni mei kue uai, jaka fuiñede*

*tiinide, fia jagiyina ite*

Verdadera mujer madre de las  
criaturas

soy mujer y mi corazón es dulce

a nadie hago mal

Me despierto bien

con buenas palabras amanezco

sigo adelante con buen corazón

y regreso bien otra vez

Fui bien plantada

tuve buen retoño

crecí bien

florece bien

di buenos frutos

me cosecharon bien

finalicé en abundancia

Así es mi palabra nunca terminará

no muere perdurará como el viento

## Notas

---

*Reconocimientos:* Este texto es una versión editada de la nota sobre Anastasia Candre publicada en el periódico *El Arador* de la Sede Amazonia de la Universidad Nacional de Colombia.

<sup>1</sup> *fio*: hermano, cuando habla una mujer (cuando habla un hombre “hermano” se dice *aama*).

<sup>2</sup> Ver el artículo de Anastasia Candre (2011) en donde habla de su padre Lorenzo Candre.

## Referencias

---

CANDRE, Anastasia. 2010. “Poemas”. En M. Rocha Vivas (Ed.), *Pütschi Biyá Uai, puntos aparte: antología multilingüe de la literatura indígena contemporánea en Colombia*, pp. 117-133. Bogotá: Libro al Viento, Alcaldía Mayor de Bogotá.

———. 2011. “Mooma Mogorotoi yoga rafue: yuai buinama uai ikaki monifuena ari kaimo monaiya, okaina imaki dibenedo = Historia de mi padre Mogorotoi (guacamayo azul): palabras del ritual de las frutas que llega a nosotros como comida en abundancia, de parte de la etnia ocaina”. *Mundo amazónico* 2: 307-327.